

Discurso pronunciado por TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA

**Homenaje rendido a don AUGUSTO
MIJARES con ocasión del Primer
Centenario de su nacimiento. Caracas,
9 de octubre de 1997**

Tomás Polanco Alcántara es Doctor en Ciencias Políticas de la Universidad Central de Venezuela; Doctor *Honoris Causae* de la Universidad Santa María; profesor titular de la Universidad Central de Venezuela; profesor fundador titular de la Universidad Católica Andrés Bello. Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia y de la Academia Nacional de Ciencias Políticas y Sociales; Embajador de Venezuela en Chile, España y la Oficina de la Organización de las Naciones Unidas con sede en Ginebra; Magistrado Suplente y Magistrado Conjuez de la Corte Suprema de Justicia; Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid, de la Academia de Ciencias de Lisboa y de las Academias de la Historia de Ecuador, Perú, Bolivia, República Dominicana, Puerto Rico, Argentina, Guatemala y de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y Miembro de mérito de la Academia Portuguesa da Historia. Ha recibido numerosos premios en el área de la literatura y la historia así como diversas condecoraciones.

Durante el presente año de 1997 la República ha tenido la oportunidad de conmemorar el centenario de ilustres venezolanos, que prestaron servicios eminentes a la Patria. Por esa razón nos reunimos hoy, en este paraninfo, para rendir homenaje a don Augusto Mijares de quien acaban de cumplirse cien años de su nacimiento.

La Comisión designada por el señor Presidente de la República para llevar a cabo la evocación respectiva, entre las labores que está ejecutando, tiene el cometido de publicar las obras

de don Augusto. Cada uno de los tomos irá precedido de un estudio acerca del respectivo aspecto de la personalidad y tarea del autor.

Por tanto no considero adecuado pretender examinar ahora y aquí las distintas facetas de la producción intelectual de Mijares sino, a través del análisis de sus características existenciales, exponer su condición de ser humano excepcional.

A través de la Historia de las Academias Nacionales no es frecuente pero si ha sucedido a veces, que una misma persona haya estado presente en varias de ellas.

Don Augusto Mijares perteneció a tres Academias y sucederlo en dos de ellas ha sido para mí un honor extraordinario y fuera de toda imaginación.

Ese hecho, tan honroso, me obliga a referirme a mi elección académica para tratar de exponer la vinculación afectiva que se creó necesariamente entre mi persona y Augusto Mijares.

Alguien me aconsejó un día que lo mejor que puede hacerse en la vida, es no esperar nada y estar preparado para lo que se vaya presentando. De esa manera, las situaciones positivas, por la sorpresa, son más agradables y las negativas hacen menos daños.

De acuerdo con las costumbres de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, mi nombre, en determinado momento, estaba considerado entre aquellos que eventualmente podían ser electos numerarios suyos.

La elección académica llega o no llega. Tratar de forzarla, casi siempre la pone en peligro o la hace desaparecer.

Era mi deber, que creo haber cumplido en forma religiosa y exacta, no mencionar el tema porque una persona bien nacida no puede ni debe tener aspiraciones académicas mientras no exista una vacante. Actuar en sentido contrario es anti-ético e impropio pues significa estar esperando el fallecimiento de alguien para poder suceder.

El 29 de junio de 1979 recibí la noticia del fallecimiento de don Augusto Mijares. Entonces necesariamente tenía que surgir en mi espíritu una pregunta: ¿iba acaso a tener el honor de ser el sucesor de Augusto Mijares? Lo mejor era esperar que las circunstancias se desarrollaran y mientras tanto guardar respetuoso silencio.

En el plazo reglamentario fui propuesto en la Academia de Ciencias Políticas y Sociales para suceder a don Augusto. Y, casi simultáneamente, me sorprendió una llamada telefónica de Guillermo Morón. En ese tono lacónico que siempre usa, me preguntó si estaba dispuesto a aceptar que el Dr. Blas Bruni Celli junto con el Dr. Carlos Felice Cardot y él mismo me presentaran para ocupar el sillón que, en esa Academia había correspondido a don Augusto Mijares.

II

Determinadas circunstancias me llevaron siempre a sentirme vinculado a Augusto Mijares de modo especial.

El profesor Mijares fue amigo de mi padre y de mi familia. La diferencia que he tenido y tengo con aquellos con quienes mi padre cultivó amistad, quedó añadida a otras razones por las cuales apreciaba, admiraba y respetaba a Augusto Mijares.

Para rendir homenaje a don Augusto dediqué mi trabajo de incorporación a la Academia de

Ciencias Políticas y Sociales a estudiar su concepto de Venezuela y en la Academia Nacional de la Historia, también como testimonio de admiración a don Augusto Mijares, el primer venezolano que representó a Venezuela ante España con el rango de Embajador, cargo en el cual yo también tuve el honor de sucederle, quise examinar la Historia de la negociación diplomática que determinó el reconocimiento de Venezuela por España.

Se explica así por qué mi vida académica está ligada íntimamente a la personalidad de Augusto Mijares, a quien además me correspondió elogiar cuando colocamos su retrato en la galería de la Academia Nacional de la Historia.

Quizás por esos antecedentes las seis Academias Nacionales quisieron designarme para llevar la palabra de este acto.

III

Dijo don Augusto, en uno de sus ensayos, que él perteneció a un conjunto humano que quiso llamar una generación de improvisados. Tal ensayo hace referencia a cómo el año 1936, un grupo importante de venezolanos asumió la tarea de dirigir la nueva orientación de la sociedad.

Don Augusto, con humildad y modestia, llama generación de improvisados a ese conjunto del cual formó parte. No era una clase dirigente que asumía su papel y

tampoco una porción de especialistas técnicamente dispuestos para el ejercicio de funciones públicas. Ese grupo estaba integrado por venezolanos entre los 30 y 40 años que habían hecho un esfuerzo gigantesco para autoformarse.

Uno de ellos, Augusto Mijares, nacido en 1897, tenía 38 años cuando murió Juan Vicente Gómez.

Se ha creado el mito de que durante la autocracia gomecista sólo fueron dignos aquellos venezolanos que estuvieron en la cárcel o en el exilio, en el territorio de la República, existía una penumbra en la cual ninguna luz era posible. Es injusticia extraordinaria para quienes dedicaron un esfuerzo gigantesco a formarse y a formar a los demás a través de una cuidadosa, dirigente y compleja tarea pedagógica. Estaban en el país y llevaron una vida digna, respetable y sencilla.

A ellos correspondió, cuando terminaron las contiendas armadas, el beneficio de la paz y por primera vez, en más de un siglo, los jóvenes no corrieron el peligro de ser llevados a sangrientas confrontaciones, denominadas sarcásticamente "guerras civiles" y que, bajo aparentes ideales, acabaron con la existencia de hombres y mujeres que, de haber quedado vivos, mucho hubieran podido realizar por el país.

Fueron también beneficiarios de las primeras mejoras sanitarias importantes que procuraron a tantos venezolanos él comenzar a alejarse de las epidemias que azotaban la población.

Algo ha debido pasar entonces y sus resultados los estamos viendo ahora cuando, por primera vez en nuestra Historia, se puede observar la presencia activa, en la sociedad venezolana, de numerosos venezolanos de más de 80 e incluso de más de 90 años.

A estos niños de comienzo del siglo XX les tocó favorecerse de las reformas escolares iniciadas por Samuel Maldonado y José Gil Fortoul.

Bastantes de ellos, como fue el caso de Mijares, pudieron cursar la primaria y la secundaria y hasta llegar a la Universidad.

A Mijares, el Colegio Salesiano de Caracas, el Colegio San Agustín y el Colegio Nacional, lo enseñan a aprender.

Se vio en ese tiempo un fenómeno que no ha sido suficientemente analizado y que, sin soluciones simplistas ni exageraciones, merecerá la pena estudiar con detenimiento.

Los jóvenes que terminaban el bachillerato y podían entrar a la Universidad lo hacían sin vacilación cuando se trataba de seguir estudios médicos o de ingeniería. Entonces se formaron prestigiosos profesionales en esas dos ramas de la ciencia y del

saber, pero una importante cantidad de jóvenes venezolanos de la época, que no deseaban ser médicos y tampoco ingenieros y quienes, por sus condiciones particulares, podían haber ingresado a la Universidad sin mayores dificultades o con problemas tolerables, decidieron no hacerlo y dedicarse unos a la enseñanza y otros a diversas actividades comerciales o a crear pequeñas industrias y seguir adelante.

Me narró don Pedro Alejandro d'Empaire que él y Mijares cursaban juntos en la Escuela de Derecho y ambos trabajaban en el bufete del Dr. Carlos León. En un momento determinado, los dos tomaron la decisión de dejar los estudios jurídicos y el bufete. Don Pedro se dedicó al comercio y don Augusto a la enseñanza.

Lo llamativo del fenómeno radica en que esas labores extra universitarias, no significaron, al menos en Caracas, el abandono de la vida intelectual. Bastantes de los jóvenes, que no quisieron o no pudieron ir a la Universidad, llevaron a cabo una fecunda labor de autoformación a través de la lectura, la reflexión y el estudio privado.

Cualquier caraqueño, que tenga auténtica tradición de familia, recordará que no era extraño que, esos comerciantes e industriales tuviesen, en sus casas, selectas cantidades de libros que, en determinados casos, formaban hasta hermosas bibliotecas.

IV

La dedicación de don Augusto a la enseñanza se manifestó en haber asumido la tarea de dictar cursos en diversos Institutos docentes. Siempre reconoció que sus orientadores pedagógicos fueron los hermanos Martínez Centeno, insignes maestros a quienes nunca se agraderá lo suficiente por aquello que hicieron en beneficio de la educación venezolana.

Una de mis tías, amiga suya de estos tiempos, me definía así a Augusto Mijares:

era un muchacho alto, muy blanco, de pelo castaño, que nunca dejaba de atender una invitación. Daba sus clases y todos sabíamos que lo que más le agradaba era estar leyendo y escribiendo. Augusto era una persona seria que siempre estaba sonriendo.

Están allí marcadas las características del Mijares de los años: un profesor bien relacionado y respetado, lector incansable, escritor constante y un ser humano que, sin perder la seriedad sabría sonreír.

Esas cualidades resultaron ineludibles para su acción sólida y triunfante: haberse ganado el respeto de la colectividad, poseer ansia de conocimientos, disponer de una permanente actitud de siempre dar a través de sus clases y escritos, y adoptar una posición de sonrisa ante la vida que no impide enfrentarla con seriedad.

Quizás no pocos de sus contemporáneos y más entre quienes le sucedieron, nunca

llegaron ni siquiera al borde del triunfo por no haber sabido dar, no haber sabido sonreír, no haber sabido enfrentar la vida.

Su afán por la vida intelectual se marca, en esos años, por un predominio de la afición a la poesía, tanto en el estudio de poetas nacionales, por ejemplo, Luis Enrique Mármol y José Antonio Ramos Sucre como en la preparación de poemas que aparecen en las principales revistas y publicaciones periódicas de la época: la *Revista de Cultura Venezolana*, *Billiken*, *Actualidades* y el diario *El Universal*.

No volverá a cultivar la poesía, al menos en forma pública, hasta que quizás, como muestra del impacto que en él tiene el romanticismo y que está manifestado en su trabajo de incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua, dedica a la mujer extensos y bellísimos comentarios, denominados. "Como un tallo de luz: mujer y poesía", y que aparecen en su obra *La luz y el espejo*

Nos dice que en el aprieto de anunciar una fórmula general de vida digna y feliz, él la buscaría en lo lírico cotidiano, es decir, en saber encontrar lo lírico dentro de lo cotidiano. Y en esa búsqueda encuentra en la mujer el valor más admirable, el valor sonriente, que nace del equilibrio de su sensibilidad entre las solicitaciones de deber y una constante sed de refinamiento, de belleza, de amor y con sus propias palabras: "¡Lo

que son las mujeres! ¡Un soplo las conmueve y nada las quebranta!"

V

Junto a su interés por la poesía aparece en Mijares con toda claridad su vocación por los temas históricos centrados en el estudio de la personalidad del Libertador.

Sus trabajos acerca de Rousseau y el Libertador, publicado en 1929 por la *Revista Cultura Venezolana* y acerca de *La presencia del hijo de Agustín I* al lado del Libertador, aparecido también en 1929, en el diario *El Universal* y *El Libertador como político*, publicados por la Academia Nacional de la Historia el año 1931, son demostraciones en su entrada y presencia en lo que en ese momento era lo mejor de sabiduría nacional.

Ese proceso formativo no tiene las características de dispersión, que a veces se muestra en quienes se educan a sí mismos, sino constituye un sistema de disciplina y rigor intelectual cuya importante manifestación va a ser la obra que, por mucho tiempo, será la suya más importante: La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana que Caracciolo Parra León publica en el *Boletín de la Biblioteca Nacional* e inmediatamente reaparece en los números 2 y 3 de la *Revista Interamericana de Sociología* dirigida por el Dr. José Rafael Mendoza.

El aval intelectual de Caracciolo Parra León y la inmediata reaparición de la obra bastaría para demostrar su calidad.

La extensión del trabajo, los temas que trata, los autores que tenía que haber leído y otras notas fundamentales de la obra, permiten afirmar que tuvo que haber sido cuidadosamente preparada y escrita antes de 1936 sin menoscabo de algunos matices o adiciones, impuestos por las circunstancias del momento, tal como se repetirá en la edición de esa obra hecha en Madrid el año de 1952.

Es una obra acabada, completa en la cual aparece de manera definitiva la personalidad intelectual de su autor, no solamente en su estilo literario, que será enriquecido y embellecido con el tiempo, sino en la expresión de sus ideas fundamentales acerca del pasado, el presente y el futuro de Venezuela vistos, no bajo el látigo del gendarme necesario, sino bajo la luminosa actitud creadora de la sociedad civil como tradición de convivencia pacífica y constructiva, de ideales colectivos, de equilibrio social y orgánico, y de respeto legal.

Se trata de un estudio valiente, porque enfrenta opiniones importantes expresadas por autores de mucho prestigio. En un trabajo esmerado, porque no se limita a presentar afirmaciones sino cuidadosos razonamientos. Es un trabajo de observación de la realidad

nacional, de estudio científico y metódico de la Historia venezolana.

Es tan importante la exposición de Mijares que el doctor José Rafael Mendoza, cuando la reproduce en la *Revista Interamericana de Sociología*, se sintió obligado a publicar de seguidas “las doctrinas que sustentan la corriente pesimista”, especialmente las de Gil Fortoul, Arcaya y Vallenilla Lanz, aclarado que lo hace a los fines exclusivos de cátedra y no como su doctrina personal.

No estoy de acuerdo con incluir a Gil Fortoul entre quienes sostienen las tesis que Mendoza denomina “corrientes pesimistas” pero no es éste el lugar ni el momento para tratar el tema.

Mijares considera la Historia como la manifestación más viva y directa del carácter de un pueblo, una vasta experiencia política y un conjunto de problemas sociológicos. Estudiar Historia es estudiar un enigma de actualidad permanente.

La política, para Mijares, era la ciencia de gobierno en su sentido más amplio y no el mero expediente de urgencia para defender o prolongar situaciones determinadas. En ciertas etapas de nuestra Historia la forma que nuestros intelectuales usaron para hacer posible la actividad fue la discusión sobre nuestro pasado, actividad política que permitió, mediante el estudio de los problemas históricos nacionales

conservar el mínimo de interés intelectual tolerado en esos momentos.

Para Mijares, en 1936, si se quiere entender a Venezuela, debe tratarse de buscar la tradición histórica genuinamente americana, de principios intelectuales y morales y que no equiparan con cualquier pueblo europeo, tradición de aspiraciones colectivas y de ideales políticos jamás desdeñada ni aún en los períodos más rudos, tradición de hombres de Estado, de pensadores serios, de hombres honrados.

Expresa, con alegría, que los *libertadores* no crearon la Patria con el simple propósito de desligarla de una dependencia extraña sino para encarnar en ella un ideal republicano y fundar para todos un hogar seguro y digno.

Hay que buscar esa tradición cívica y legalista derivándola de la vida colonial, que es una historia que estaba y está por escribirse, la historia de las manifestaciones intelectuales, de vidas irreprochables muchas de ellas ejemplares durante una larga acción pública.

Lo impresionan Alberti y Sarmiento autores cuya influencia en Venezuela deberá actualizarse algún día. Alberdi con sus teorías sobre la inmigración y Sarmiento con su tesis educativa. Mas tarde dedicará a ambos trabajos muy especiales que aparecen en su libro *Hombre de ideas en América*.

Nuestro pueblo, viejo en los usos de la sociedad civil, como dijo el Libertador, tiene su antecedente en la raza española, en la vida colonial que tuvo elementos peculiares importantes, como la tradición de gobierno municipal, el espíritu de rebeldía y de prosperidad mientras el ambiente peninsular decaía. Esa tradición americana es la que produce en nosotros la madurez de la nacionalidad.

Es su insistencia en la necesidad para las generaciones actuales, no de morir por la Patria, sino darse cuenta que es más necesario vivir para ella. Es su insistencia en la columna vertebral de nuestra historia a través de vidas irreprochables.

Trató de estudiarlas. Roscio, Miranda, Revenga, Páez, Vargas, Bello, Simón Rodríguez, Soublete, Fermín Toro, Julian Viso, Gil Fotoul, López Contreras, Medina Angarita, Vicente Lecuna, Pedro Sotillo, Picón Salas, Razzeti, Martí.

VII

Un hombre de su categoría debió llamar la atención en el ambiente y así se explica que, cuando Caracciolo Parra Pérez asume el Ministerio de Educación, lo designe el 4 de marzo de 1936 como Director de Educación Secundaria, Superior y Especial. En sus anotaciones privadas Parra Pérez escribe que Mijares, además de ser un intelectual, es uno de los mejores funcionarios que he conocido.

En ese cargo permanece hasta 1944, salvo breve interrupción para ocupar la Dirección del Archivo General de la Nación, cargo al cual vuelve en 1945 por escasos días.

Durante el ejercicio de ese cargo toda la energía espiritual está dedicada a la acción administrativa, no en trámites burocráticos intrascendentes sino en el mejoramiento de la educación. Es el tiempo de la creación del Instituto Pedagógico Nacional y de la Escuela Técnica Industrial, instituciones ambas por las cuales sentía orgullo y satisfacción que muestra en su obra *Educación*, publicada en México el año de 1943.

Don Augusto acude al Instituto Pedagógico y se le otorga el título de Profesor Gestor de gallardía y humildad intelectual que lo enaltece y dignifica.

Fue entonces definida su batalla para lograr que en los estudios de educación secundaria se incluyese la cátedra de Historia de Venezuela. Hace suyas las palabras del Ministro al Congreso acerca de cómo el menosprecio por conocer lo nuestro, condujo al absurdo de que los más altos grados universitarios llegaban a obtener sin tener sobre nuestros anales y nuestra naturaleza otros conocimientos que los muy sumarios y lejanos obtenidos en la escuela primaria. Qué diría hoy cuando en la mayoría de los jóvenes ya no existen ni siquiera esos sumarios y lejanos conocimientos...

VIII

El 4 de julio de 1940 fue electo para ocupar el sillón que quedó vacante en la Academia Nacional de la Historia por la muerte de don Luis Correa pero no se incorporará hasta el 10 de abril de 1947.

En 1948 fue designado Ministro de Educación y como tal logra que sea dictado el Estatuto Provisional de Educación, que rigió hasta 1955, fueron creados el Instituto de Mejoramiento Profesional del Magisterio, la maravillosa revista *Tricolor*, el Instituto Nacional de Deporte y la Orden 27 de junio.

IX

En 1950 el Gobierno Nacional eleva la misión diplomática en Madrid al rango de Embajada y lo nombra Embajador de España. Cargo complejo por su naturaleza, difícil por sus circunstancias.

Es una misión que tiene un profundo significado histórico. Ha estado a cargo de Carlos Soublette, Rafael Urdaneta, Fermín Toro, Antonio Guzmán Blanco, Julián Viso, Marco Antonio Saluzzo, Pedro Emilio Coll, Gumersindo Torres, Caracciolo Parra Pérez.

Cuando el Embajador de Venezuela, terciada al hombro la Banda de la Orden del Libertador colocada frente al chaleco en señal de respeto al Jefe de Estado, asciende las escalinatas de mármol

blanco del Palacio de los Reyes de Madrid, escucha las notas de la Marcha Real y llega al Salón donde se encuentra al Trono, si tiene sentido de la Historia y Mijares lo tenía en grado especial, debe sentir todo lo que aquello significa.

En ese Trono, el Rey Don Alfonso X el Sabio, escribió las Siete Partidas que, por siglos fueron las leyes de nuestra Patria y hoy permanecen diluidas en las normas vigentes.

Desde ese Trono, Isabel de Castilla, luciendo su cabellera de oro y sus ojos color de uva, recibió la América que le llevó Colón. En ese Trono, Don Carlos II mandó a publicar las *Leyes de Indias*. En ese Trono, don Felipe V, el año de 1725 erigió la Universidad de Caracas, don Carlos III, creó nuestra Capitanía, el Consulado y la Intendencia y don Carlos IV organizó la Real Audiencia de Caracas.

Napoleón Bonaparte quiso sentar en ese Trono a su hermano José pero el pueblo español, el dos de mayo, decidió expulsarlo a pedradas y bastonazos. Fernando, llamado el séptimo, no entendió sentado en ese trono que se le había roto en las manos el Imperio y que Simón Bolívar salvaría la Hispanidad.

En ese trono Isabel II firmó con Fermín Toro el reconocimiento de nuestro país como soberano. En ese trono, la Reina Regente, María Cristina, se equivocó al

despojarnos de una de las costas del Orinoco.

Mijares, como embajador venezolano, al estar frente a ese trono, necesitó pensar en todo ello, como lo hemos pensado sus sucesores en el cargo cuando hemos llegado al mismo sitio.

Mijares contempló en España la cantidad de jóvenes venezolanos, hoy eminentes profesionales, que cursaban estudios en Instituto Españoles. Trató de ayudar en lo posible y siempre respetar a los exilados, voluntarios o no, que vivían en territorio español. Frecuenta la amistad de distinguidos venezolanos que habitaban con sus familias en diversas ciudades de España y quiso convertir la Embajada en lugar de reunión, tolerancia, camaradería y relación donde, usando la frase castiza, se compartía el pan y el vino.

Y, cuando despojado de las galas diplomáticas el Embajador regresa a la Patria, Mijares trajo la imagen de España metida en el alma

Mijares se enamoró de España, como le pasa a todo americano de mente sana que llega a conocerla. La España de las aguas briosas del Cantábrico, de los naranjales que baña el Mediterráneo, de los olivares de la Andalucía. La España de las noches estrelladas de la Mancha. La España de Sevilla y de Toledo. La España de los Pirineos. La España que se alegra cuando repican las campanas de la

Giralda. La España que se juega en los jardines de Granada. La España, en donde don Quijote con su lanza y el Mio Cid con su espada, la Tizona, enseñan a todo caballero a defender su honor, su Patria, su casa y su dama.

La España que se hace inolvidable, como resultan inolvidables la mujer que hemos amado, el hijo que hemos engendrado, el libro que hemos escrito, la canción que hemos cantado.

X

El cambio político habido en Venezuela lo lleva a volver para dedicarse a la vida privada. Acompañado de su extraordinaria esposa doña Matilde, de sus hijos, de sus nietos, volverá a ver todos los días los colores y las formas de la montaña del Ávila, esa amante espiritual de todos los caraqueños, volverá a ser el profesor, el escritor, el amigo, el asiduo concurrente a la playa y a las bibliotecas.

Despliega entonces una fecunda actividad intelectual. Publica su hermosísimo libro *La Luz y el Espejo*, prologa la edición de las obras de Juan Germán Roscio y los trabajos de José Rafael revenga y recibe en 1956 el Premio Nacional de Literatura.

En 1958 es nombrado numerario de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales y se incorporará en 1960

Está llegando a los sesenta años. Su cerebro plenamente

desarrollado trabaja continuamente. Produce 20 trabajos a los 64 años, 32 a los 65, 16 a los 66, 14 a los 67, 18 a los 68, 22 a los 69, 20 a los 70, 14 a los 71, 23 a los 72, 31 a los 73, 29 a los 74, 14 a los 75, 15 a los 76, 14 a los 77.

Es un fenómeno frecuente en la vida de los académicos. Parecería que con años se fortalecen, de las puertas de este palacio hacia adentro, las facultades del alma para dejar una huella en la vida nacional.

En 1971 ingresa a la Academia Venezolana de la Lengua. La Universidad Central de Venezuela le confiere el Doctorado *Honoris Causae*.

Publica, a los 73 años, ese hermosísimo y entusiásticamente libro *Lo afirmativo Venezolano*, y enseguida a los 74 años, el no menos bello, *Longitud y latitud*. Aparece su *biografía de Julián Viso* cuando tenía 77 años y todos esos libros unidos a una constante prédica cívica y docente en la prensa nacional.

Ya era tres veces académico, Ministro, Embajador, doctor *Honoris Causae*, Premio Nacional de Literatura.

XI

La personalidad de Mijares está reflejada en su obra *El Libertador*, escrita cuando ya tenía 70 años. La admiración profunda que el Héroe le produjo, lo llevó a escribir una joya literaria que

fundamentalmente sirve para enseñar.

Es una obra excepcional, que tiene un mérito característico como lo es el de poder ser leída con interés por cualquier persona, en cualquier tiempo y en cualquier parte del mundo.

Y digo que es un joya literaria porque Mijares, al manejar la palabra, sabía obtener con su pluma una obra de arte; proceso que requiere, no solamente el gusto artístico innato, sino el trabajo constante, la humildad intelectual, la capacidad para rectificar y el intento permanente de buscar la mejor y más bella forma de decir lo que se piensa.

Estoy convencido de que es la obra maestra de don Augusto y uno de los clásicos de nuestra literatura. Podrá en el futuro olvidarse todo lo que hizo Mijares menos este libro.

Es un magnífico contrapunto entre Bolívar y Miranda. Me siento con autoridad suficiente para poder decir, con exactitud, que solamente un escritor de la cultura de Mijares podría haber producido un libro semejante.

Mientras ejercí funciones diplomáticas utilicé *El Libertador*, de Mijares, para obsequiarlo a aquellos a quienes quería hacer conocer mejor lo que podía producir un intelectual venezolano o deseaban estudiar más a fondo la figura de Simón Bolívar.

Debo recordar, con especial simpatía que a los pocos días de

haber entregado ese libro el entonces Presidente de Chile, don Eduardo Frei Montalba, éste me dijo lo siguiente: "He leído el libro del señor Mijares con verdadera voracidad intelectual. Es un libro que nada tiene que envidiarle a los que pueden escribir autores de cualquier otro idioma".

Era don Eduardo Frei Montalba un lector acucioso y culto que dedicaba a la lectura el tiempo que le permitían sus elevadas funciones. Había aprendido a descansar leyendo y como dominaba el francés, el inglés y el alemán, no era escaso el material que estaba a su disposición.

Por esa razón, conocer que un lector de esa naturaleza, no venezolano, hiciera semejante comentario de la obra de Mijares, me llenó de profunda satisfacción.

XII

Mijares con su vida y con sus libros enseñó a sus contemporáneos y a las generaciones sucesivas, la trascendencia de existir ateniéndose a las reglas romanas: no dañar a nadie, actuar honestamente y dar a cada uno lo que es suyo.

Vivió con una devota fidelidad a la modestia, no como muchos la entienden, a modo de profesión pública de la propia incapacidad para el progreso, sino como manera de expresar, con el ejemplo, que lo importante en la vida de las personas no es lo que

tienen, a veces sin mérito alguno, lo importante es lo que logran ser con el esfuerzo, el trabajo, la inteligencia y la constancia.

Se impuso un sincero respeto por las ideas ajenas. He recogido recuerdos de los venezolanos que convivieron con él en España, mientras fue el Embajador, y entre quienes había personas de las más diversas ideologías, modos de ser y pensamiento y que recuerdan, con emoción, el profundo respeto que Mijares manifestaba, con sus palabras y sus actos, hacia el modo de ser y de pensar de cada quien. No era la actitud de esa tolerancia soberbia de quienes, sintiéndose en el Olimpo, aceptan con displicencia que seres inferiores lleguen a convivir a su alrededor, sino una convicción profunda del respeto al derecho de cada quien de actuar y pensar como de buena fe le parezca. Creía, por ejemplo, y me lo dijo en una carta personal, que los libros no deben leerse para estar de acuerdo con ellos sino para conocer otras opiniones y contrastarlas con las nuestras.

En la presentación de su libro *La Luz y el espejo* don Augusto, quizá sin quererlo, narró su propio caso.

Explica como el rayo de luz, avanza, de largo, sin poder cambiar de rumbo e inflexible e indiferente ante la injusticia y el dolor. Quedan a un lado, entre las sombras, lo mejor del mundo, la ternura o el bien, la gracia de un niño, el encanto de una mujer, el

recato de un pensador o el reto de un héroe.

La luz, nos dice, es ciega en una carrera que no puede abandonar. Y como a la luz no le es posible iluminar lo que no encuentre en esa carrera, tantos crímenes quedan protegidos por la sombra y oculta tanta belleza que no recibió el don de la luz.

Pero existe el espejo, que permite a la luz abandonar su trayectoria. El espejo toma la luz y no la guarda sino la multiplica y lanza en innumerables direcciones. Ninguna sombra escapa al espejo ni hay rincón que él no pueda iluminar.

Hay hombre que son luces, que viven como dioses entre otros mortales, pero hay hombres que son espejos, son apóstoles, que devuelven parte de la luz que reciben.

En la humanidad encontramos amargos momentos, pero hay también un manto de luz. Hay una muchedumbre en tinieblas, pero hay santos y hay héroes que son espejos que convierten en señales la luz que corre sobre ellos.

Por eso nos enseña don Augusto, debe ser el mundo correspondencia interesante entre luces y espejos, contra las sombras y las cavernas arteras desde donde asechan las sombras. Y ha de ser como son el cielo y el mar, espejos que cambian la luz en colores y los lanzan en matices infinitos sobre auroras y tramontas. El cielo y el mar, valvas del ámbito resplandeciente, donde no hay rincones para ocultar el mal. Entre esos dos espejos, el cielo y el mar, la belleza, emergió de las aguas como un tallo de luz.

Mijares, hombre espejo, que reflejó contra las sombras y las cavernas la luz que percibió su espíritu para hacernos gozar de la belleza.

Humboldt, recuerda Mijares, cuando ya era anciano, anunció que su proyecto de viaje al Asia, tenía la intención de ponerle un sello de belleza a la vejez. Insiste Mijares en que un hombre que sentía tal preocupación no tenía necesidad de viajar, pues en cualquier parte y a cualquier edad ya su vida tenía el sello de la belleza.

Me impresiona la cita de Humboldt. Por eso me atrevo a terminar comentado que debemos aprender esa lección que nos da Mijares a través el sabio alemán: *Prepararse toda la vida para poner un sello de belleza a la senectud...*

